

Vistas de la muestra de Gabriel Kuri en la Walter Storms Galerie, de Múnich, Alemania, entre septiembre y octubre de 2020. Fotografías: Philipp Schönborn



En la búsqueda del *leitmotiv*
Una conversación con
Gabriel Kuri

Virginia Negro

¿RECUERDAN LA EXTRAVAGANTE CLASIFICACIÓN BORGESIANA del emporio celestial del conocimiento benévolo propuesta en el cuento “El lenguaje analítico de John Wilkins” que retomó Michel Foucault para su ensayo “Las palabras y las cosas” en el que afirma que “el encanto exótico de otro pensamiento sugiere el límite del nuestro”? El mensaje es claro: toda clasificación conlleva una forma de ver el mundo, no existe una clasificación neutra, así como tecnologías neutras, u objetos neutrales. Gabriel Kuri es un artista que construye patrones a partir del uso —tal vez distorsionado— de las cosas. Nació en México, en la capital, donde a finales de los años ochenta se integró a los “Talleres de los viernes”. Gabriel Orozco, Damián Ortega, Doctor Lakra, Abraham Cruzvillegas y este adolescente mexicano se reunían todos los viernes en la casa de Orozco, el artista más maduro —quien siempre rechazó el papel de maestro, pero quien sin duda formó al grupo de jóvenes artistas—.

Recientemente en México, su obra estuvo en On the Razor’s Edge, la exposición internacional de obras contemporáneas acogida por la Colección Júmex —temporalmente cerrada por la contingencia sanitaria—, organizada por Patricia Marshall. La exposición reúne las obras dentro de cuatro secciones temáticas: migración y libertad; el cuerpo humano; su entorno; y el paso del tiempo que es incontenible y para siempre incompleto. Entre los artistas incluidos se encuentran Dan Graham, Damien Hirst, Alfredo Jaar y Gabriel Kuri, cuya práctica explora las condiciones psicológicas y físicas de la vida en estos tiempos inciertos, donde las fuerzas artificiales y naturales están en constante tensión. El trabajo de Kuri se sustenta en las mantas de emergencia, las que se utilizan cuando se trata de eventos extremos, como

incendios, inundaciones y otros desastres naturales, pero también en eventos humanos como los maratones.

Kuri juega con los hechos de la vida real, abstrayéndolos en gráficos o geometrías, pero también pasa de la realidad a la abstracción, en un movimiento circular que ahora nos hace reflexionar sobre el fenómeno de lo virtual y los datos, por esto mismo, en este momento donde la virtualidad está tomando un poder sin confines, su opinión es más que relevante.

¿Qué significa para ti ser un artista mexicano?

Cuando regresé de Londres a México en 1998, comencé a crear las obras que marcaron el inicio de mi práctica hoy, y todas las obras que están vinculadas a una cosmovisión, que por su naturaleza es mexicana, porque de ahí vengo, y que a menudo está vinculada con la ritualidad y al ceremonial. Pero siempre me ha interesado lo contemporáneo sin fronteras. Después de muchos años regresé a Londres con *Before Contingency After the Fact* (2011), una exposición creada para la South London Gallery (parte de la cual, *Shelter*, se exhibió en Art Basel en 2017), donde la idea básica es la de cambios de escala: los objetos existentes, como mi tarjeta de crédito real, por ejemplo, son de gran tamaño. Pero todos los días me pregunto cuándo volveré a la Ciudad de México, donde vive mi hermano José, fundador de la galería Kurimanzutto, y donde me formé como persona y como artista: la urbe donde todo se expone y donde el caos organizado es una condición permanente que me alimentó de manera formal. Por ahora mi relación con México es de añoranza, queriendo mantener un nexo, aunque todavía necesito una distancia.

Cuéntanos sobre tu relación con la galería Kurimanzutto en la Ciudad de México.

Siempre es una relación muy cercana, estoy en constante conversación con mi hermano José, y aunque nuestras posiciones en este mundo sean diferentes, quizás precisamente por eso, seguimos trabajando juntos. La dinámica de la galería ha cambiado mucho.

¿Qué estás haciendo ahora?

Ahora justo salgo de la experiencia de *Sorted, Re-sorted*, una gran exposición en Bruselas en el Centro WIELS de Arte Contemporáneo, que terminó el 5 de enero y en donde he trabajado por tres años, un homenaje a esta ciudad donde he vivido mucho tiempo y que fue un experimento en el que sumerjo al espectador en mi forma de trabajar. El protagonista es el material: plástico, papel, metal y materiales de construcción. Pero también su uso, reciclaje. Si tuviéramos que tirar las obras, ¿cómo se clasificarían en diferentes bolsas para su recolección por separado en diferentes días?

¿Cuál es tu práctica laboral?

Mi práctica consiste en tratar de comprender el panorama general y cómo funcionan las cosas en el mundo real. Y me gusta el rigor intelectual, no soy una personalidad que intente inventar escenarios fantásticos. Trabajo

con lo existente, en este sentido me gusta el minimalismo artesanal y mi creación es darle vida a un sistema, ordenando diferentes elementos hasta darme cuenta que surgen modelos donde se generan nuevas conexiones semánticas entre las formas existentes y sus usos.

Ahora bien, los cambios en el arte son necesarios, no son predecibles, no hay una respuesta explícita a la situación de encierro. Me gustaría ver un cambio interno, por ahora sólo estoy viendo la consecuencia precipitada de poner el producto artístico en el aura de la red, pero aún hoy el *locus* artístico está en lo físico, en un ambiente que puede presenciar el espectador, y sigo creyendo en la situación de la exposición, no creo que podemos migrar a Internet de la noche a la mañana. Sigo creyendo que el arte es presencia.

Cuéntanos sobre los últimos proyectos.

Una fue una exposición para la Douglas Hyde Gallery, en el campus universitario de Dublín, una de las primeras en cerrar en febrero a causa de la pandemia, con obras relacionadas con el medio ambiente. Un trabajo que ahora se puede visitar en línea.

Mi galería en Berlín, Esther Schipper, fue alojada por la Walter Storms Galerie en Munich. El trabajo aquí involucra varios medios, incluida la escultura, el *collage* y la instalación, a menudo utilizando elementos





naturales reciclados, industriales y producidos en masa (por ejemplo, conchas, espuma aislante o latas de refresco) para crear obras que contienen rastros de actividades humanas pasadas, como botellas vacías, colillas o talones de billetes, que actúan como símbolos del tiempo, la energía o el medio de pago utilizado.

La exposición más reciente es en la GAK de Bremen, mediante un dúo de artistas *gerlach en koop*, cuyo trabajo consiste en exhibir incluyendo obras de otros; y he colaborado con una pieza adaptable que instalé / improvisé para que encajara en el proyecto.

¿Cómo estás viviendo el aislamiento impuesto por la epidemia?

El silencio, la reflexión en mi estudio y el encierro voluntario han definido mi práctica, como la de muchos artistas. Pero siempre ha sido un movimiento que depende de la posibilidad de ver hacia afuera, buscando la conexión con lo social y lo público. Ahora que esto está

tan fuera de foco, es inevitable vivir más en el espacio de mi cabeza. En este sentido de “aislamiento” me he tratado de asir al trabajo manual y material. También he tenido tiempo y espacio para revisar mi biblioteca, que en ocasiones he dejado de lado por falta de tiempo. Un ejemplo es el de la relectura de Emanuele Coccia (autor de *The Life of Plants*), un filósofo italiano con el que colaboré y que he retomado durante el encierro. Es un autor que está reinventando el pensamiento filosófico en una forma no antropocéntrica sino que piensa en el ecosistema como el *locus* de la reflexión filosófica.

También es inevitable hacerse cuestionamientos sobre el significado de la práctica artística, ahora que la actividad pública está paralizada. El efecto económico y social es más inmediato de verse. Pero aún cuando las obras están siendo alumbradas con una luz más aguda, su significado no necesariamente cambia ni se vuelve obsoleto, simplemente se ajusta en su semántica. Yo siento que puedo seguir trabajando con las mismas prerrogativas materiales y conceptuales. Pero es la práctica misma la que se está dando una sacudida en cuanto a su propósito. Sería demasiado obvio pensar que el arte simplemente va a migrar hacia el espacio virtual, donde estamos a salvo del contagio, o incluso que las obras que se volverán más relevantes y necesarias son aquellas que tratan de manera explícita o directa con esta situación de crisis. Yo quisiera creer que lo que viene es un cambio o ajuste desde el fenómeno, desde adentro de la forma, y esto es algo que no tendría por qué explicarse tan fácilmente.

Gabriel Kuri es un artista que observa desde un ángulo poco convencional los objetos y el espacio que median las relaciones humanas, explorando el potencial de transformación latente en situaciones familiares. Coleccionista también de sobras, según la escritora y curadora Sandra Patrón, “Gabriel Kuri desarrolla una crítica sin lecciones de moral, pero llena de humor y poesía. Su crítica es tanto social como política, sobre nuestros estilos de vida y procesos de producción”. Al terminar esta conversación y al escucharla una vez más pienso en Gabriel Kuri como un taxonomista del mundo, que trasciende y reúne la experiencia subjetiva vivida mediante los objetos. ▲▲